

MUJERES DE LANA

“Rescatando tradiciones de las tejedoras de la selva costera valdiviana”

Federación de Pescadores Artesanales de Corral (FEPACOR)

Corral, 2013



MUJERES DE LANA

Sandra Leiva Poveda
Valdivia , 2013



Ejecutor proyecto: Federación de Pescadores Artesanales de Corral (FEPACOR)

Autora: Sandra Leiva Poveda

Colaboración: Faumelisa Manquepillan Calcufo

Fotografías: Sandra Leiva Poveda

Edición: Mauricio Rodríguez Rojas

Diseño y diagramación: Imprenta América

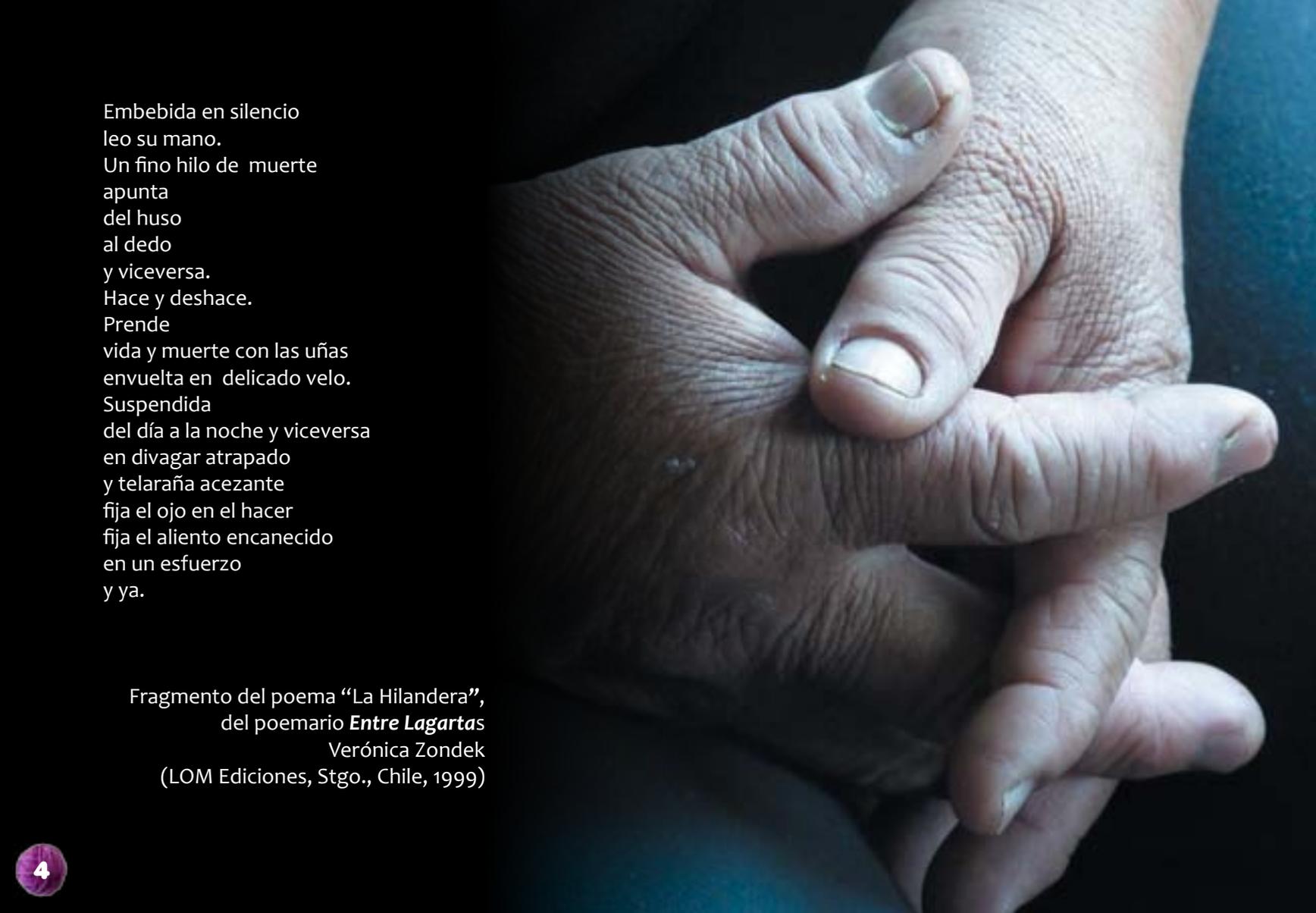
Primera edición: Mayo, 2013



Región de Los Ríos
GOBIERNO REGIONAL

Proyecto financiado con subvención
otorgada por el Gobierno Regional de Los Ríos.
Mayo 2013

A mis hijos Martina y Tomás



Embebida en silencio
leo su mano.
Un fino hilo de muerte
apunta
del huso
al dedo
y viceversa.
Hace y deshace.
Prende
vida y muerte con las uñas
envuelta en delicado velo.
Suspendida
del día a la noche y viceversa
en divagar atrapado
y telaraña acezante
fija el ojo en el hacer
fija el aliento encanecido
en un esfuerzo
y ya.

Fragmento del poema “La Hilandera”,
del poemario **Entre Lagartas**
Verónica Zondek
(LOM Ediciones, Stgo., Chile, 1999)

PRESENTACIÓN

“Mujeres de lana” surgió en Chaihuín una tarde de febrero entre los olores de mar, los diálogos amenos con los pescadores y las sonrisas de aquellas mujeres que desfilaban historia en sus atuendos. Como elemento común, la lana envolviendo sus cuerpos y la nostalgia del ayer en cada hebra.

¿Cómo no encantarse con estas imágenes? Y es que el borde costero de la Comuna de Corral ofrece rasgos distintivos que son difíciles de olvidar. El espíritu agreste del mar y la tierra nutrida de memorias por aquellos hombres y mujeres que conforman dicho territorio, ofrecen innegablemente una ruta no sólo turística y cultural, sino también una ruta hacia el ancestral orgullo y valía de una etnia que ha conocido y protegido desde siempre su posición y su función como parte de la naturaleza, una ruta, al fin, hacia el respeto por la diversidad cultural en nuestro país.

Por tanto, el libro es una invitación a conocer la intimidad de un territorio abundante de historia, imágenes, pensamientos y concepciones de una forma de vida que refleja una profunda e intensa relación con el entorno y que se evidencia en las texturas, formas y colores de sus tejidos y en el amor con que éstos son hechos.



*Este libro se terminó de escribir durante marzo, mes
en el cual comienza la noche del año.*

INTRODUCCIÓN

El proyecto “Rescatando tradiciones de las tejedoras de la selva costera valdiviana” reúne doce testimonios de tejedoras que hablan de su pasado y presente, y cuya identidad cultural está fuertemente ligada al mar, a las características geográficas del entorno y al tejido como experiencia de vida.

Gracias a la colaboración de dirigentes de algunas comunidades indígenas y sindicatos de pescadores afiliados a la Federación de Pescadores Artesanales de Corral (FEPACOR), logramos identificar a 3 hilanderas del sector de Huape, 5 en Chaihuín y 3 en Huiro; mujeres que heredaron de sus madres y abuelas los aprendizajes del tejido, así como las tradiciones vinculadas a la esquila, el lavado de lana, el uso de la rueca y los teñidos con vegetales.

La metodología de trabajo utilizada fue la entrevista y registro de éstas, iniciándose el trabajo en terreno en el mes de septiembre de 2012, previa programación de las citas en conjunto con cada tejedora y con la artista mapuche Faumelisa Manquepillán. Durante 6 meses nos fuimos adentrando en sus hogares, conociendo sus entornos y profundizando en sus historias, que son los testimonios que configuran la memoria humana de un lugar.



En efecto, cada relato nos fue acercando a las vicisitudes de sus vidas y a comprender la influencia de la lana en su entorno familiar, lo cual nos llevó a entender que el tejido notiene límites históricos ni geográficos, porque es una relación que nace entre el individuo y la naturaleza. Así visto, la experiencia del tejido como creación en las mujeres protagonistas de este relato, responde a un sentimiento y a una necesidad de supervivencia, a través del cual se protege, desde antaño a la familia mediante la confección de vestuario, ropa de casa y otros objetos de utilidad.

Es interesante mencionar que las historias revelan que dichas tareas no sólo giraban alrededor del mundo femenino, sino que, por el contrario, el hombre era partícipe activo de los quehaceres vinculados a la lana, tales como el proceso de la esquila, el hilado, el tejido y la elaboración de objetos para ejecutar esta actividad, como el huso y la rueca. No obstante, con el paso del tiempo y los cambios culturales propios del desarrollo y evolución de la comunidad, la dedicación masculina fue disminuyendo, puesto a que éstos se fueron integrando a otras actividades y fuentes de trabajo que permitían otras fuentes de ingreso para las familias.

Ahora bien, los tejidos de este grupo de mujeres se alejan de la tradicional textilería mapuche elaborada con la técnica en telar y cuya particularidad son los diseños con figuras geométricas que se reiteran constantemente en infinitas combinaciones, produciendo una gran variedad de dibujos. No encontramos tejidos como el chamal, los trarihues o fajas, el makuñ o poncho, los textiles para la casa como pontros que son cobertores o frazadas; a excepción de las “lomas”, utilizadas para el apero del caballo y que eran elaboradas por Elisa Antillanca, la más longeva de las entrevistadas.

Los tejidos son elaborados básicamente a palillos y a crochet, con puntos y diseños convencionales y con propósitos utilitarios. Sin embargo, el legado de la cultura mapuche se encuentra visible principalmente en las técnicas de hilado, tejido a telar y, sólo en algunas artesanas, en los métodos tintóreos con vegetales, retenidos en la memoria y transmitidos de madre a hija.

La lana que se emplea con más frecuencia es la de oveja con sus variedades de colores tales como blanca, beige, marrón y una gran gama de grises. La mayoría de las artesanas tiene ovejas, por tanto, conoce y ha participado en el proceso del esquilado, obteniendo con facilidad los insumos que necesita para elaborar sus tejidos.

La esquila se realiza entre los meses de noviembre y diciembre de cada año, utilizando para ello tijeras y cuchillos. Una vez extraído el vellón comienzan con el escarmenado que se hace simplemente estirando la lana con las manos sin que se corte. Luego comienzan a hilar con la tradicional rueca o huso, este último que consiste en una vara de madera a la que se le fija en el extremo inferior una papa o piedra horadada que hace de contrapeso, y que es la herramienta más usada por las tejedoras.

En relación a la elaboración de tintes con elementos vegetales, la mayoría de los aprendizajes heredados por las antiguas tejedoras se fueron perdiendo; no obstante, gracias a cursos de capacitación gestionados por la oficina de Prodesal en Corral, las artesanas fueron retomando la técnica del teñido incorporando en su oficio los tintes naturales obtenidos de hojas, raíces y maderas. Los colores más característicos son el amarillo con el michay, el café con la barba de palo y radal, marrón oscuro con ulmo, y diversas tonalidades de verde con flor de notro, coigüe y romaza.

Para realizar el teñido comienzan por desmenuzar las cortezas, raíces y hojas hasta dejarlas como fibras muy delgadas, haciéndolas hervir junto a la lana durante varias horas hasta que los vegetales suelten la tinta. Como mordiente o fijador para que el tinte se afirme utilizan sal de mar. Luego que la lana tiene el color deseado, se deja enfriar para después secar a la sombra porque la exposición del sol baja la intensidad del color.

Hay que indicar que durante el trabajo en terreno, se identificaron más tejedoras en el sector de Palo Muerto, Huape, Chaihuín y Huiro, sin embargo, por motivos personales señaladas por estas hilanderas, respecto de disponibilidad de recursos y de tiempo, no se incluyeron en el proyecto.

Finalmente, quiero señalar que no es el objetivo de este libro profundizar en la textilería mapuche, porque esta iniciativa no se enmarca en una investigación de las ciencias sociales, sino más bien en visibilizar y poner en valor un territorio, a través de testimonios que evidencian, rescatan y difunden el arte del tejido de un grupo de mujeres que trabajan día a día preparando la lana, entrelazando hebras y elaborando tintes con elementos naturales, ofreciendo una oportunidad para desarrollar una ruta cultural para las personas que aprecien el patrimonio intangible de nuestra región y que estén dispuestos a vivenciar el mundo de estas hermosas mujeres.





Todos los tiempos
los dedicaré a ti,
te miraré en tus hijos,
hilaré pensamientos,
para convertirlos
en vellones tibios
y abrazarte
en los frios inviernos.

Poema “Vellones de la tierra”
Faumelisa Manquepillan Calcufo

“ESTE ALIENTO ME LO DIO EL SEÑOR DESDE MUY JOVEN”

ELISA ANTILLANCA LLAUQUEN, 86 AÑOS, HUIRO

De los años que vivo nadie, nadie, nadie pero nadie me había entrevistado y eso que tengo 86 años, pero bueno, esta será mi primera vez. Me llamo Elisa, pero todos me llaman Felisa, nací el 20 de septiembre de 1928 por aquí, por allá, no sé a dónde nací; total que cuando tuve conocimiento estaba viviendo aquí mismo, en la cantera de Huiro.

Mis padres se llamaban Antonio Antillanca Pumanceno y Elena Llauquén Olivera y mis hermanas Cristina, Salomé e Isidora. Sé más o menos que cuando teníamos entre 6 y 7 años nos pasaron por el civil en Chaihuín y me acuerdo, porque en esa casa grande donde inscribían a las guagüitas, hoy vive mi compadre Baltazar Triviño.

Un tiempo después, cuando era lolita, mi papá me envió por un año a la escuela en Corral la que quedaba al lado de lo que es hoy la Residencial Esperanza y lo único que aprendí fue a leer no más, porque nunca pude escribir. Durante ese tiempo viví en la casa de una señora cuyo esposo era pescador y amigo de la familia; después mi papi no me fue a dejar más, ya que se enfermó debido a que me extrañaba mucho y mi mamá era una dama que no salía a ningún lado.

Recuerdo que durante ese año que estuve en Corral, le tejí un par de medias al esposo de la señora y por eso recibí la admiración de todos. “Este aliento me lo dio el señor desde muy joven”, le decía a la gente. También porque mi hermana Salomé me enseñó a tejer y hacer muchas cosas con la lana como chombas, medias y pantalones para los hombres de San Juan.

Tuve 10 hijos de los cuales 7 están vivos, ellos son Juvenal, Hermelisa, Javier, Mario, Antonio, Artemio y María.



Lo primero que aprendí a hacer fue ropa para los niños y es porque mi mamá crió a un sobrinito desde guagüita. Un día mi papi compró género para hacerle ropita y yo le dije a mi mami “yo voy a cortar la ropita” y ella respondió: “¿Pero cómo si tú no sabes hacer ropa?” En fin, corté un pantalón y una chaqueta; yo era tan chiquitita que nadie lo creía, por eso decían que Dios me había dado un talento. Ahora este sobrinito es un tremendo hombre, se llama Ernesto Antillanca y vive en Pargua.

Así comencé a tejer, por eso cuando nacieron mis hijos me fue muy fácil hacer ropa. De hecho, los crié a todos con vestuario hecho por mí y también porque antes era muy difícil comprarlo; no como ahora que hasta lo regalan. Además vivíamos aislados en Huiro, imagínese que más de tres casas no habían y eran la de mi tío, la nuestra y de otro caballero de apellido Navarro.

La historia con mi marido es un “cuento”, debido a que era un afuerino que provenía del sector Las Trancas de La Unión y llegó a Huiro después de quedar huérfano. Ocurrió que se murió su mamá y al año siguiente su papá, como él era el mayor de los hijos tuvo que hacerse cargo de sus hermanos y como no sabía qué hacer con ellos se acordó que tenía unos tíos por Huiro y vino a andar por acá un par de días para que lo orientaran. Esa vez se quedó en la casa de su tío Juan y vino a pasear a nuestra casa, pero no nos conocimos, ya que en ese tiempo yo estaba estudiando. En todo caso, mi papi le contó que tenía otra hija y que la conocería en otra oportunidad.

Y así ocurrió, puesto que a los dos años apareció; en ese momento yo estaba en la casa y dice que cuando me vio parecía que le habían dado un balazo en el corazón porque no pudo hablar y se fue rápidamente. A los 5 años regresó a vivir donde mi tío; fue entonces que conversamos y quedó contratado. Nos casamos por el civil en Corral y a los tres años de matrimonio tuvimos nuestro primer hijo en una casa que construimos en la quinta de allá abajo cerca del mar, pero en este mismo terreno.

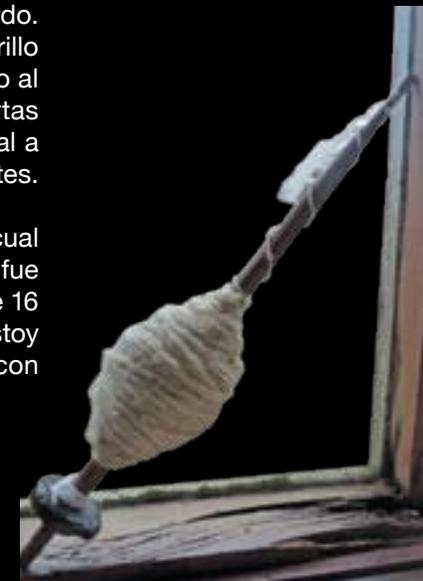
He vivido aquí no más, por eso no conozco ningún pueblo y no me interesa conocer nada más, porque aquí llegó mi suerte con mi marido e hijos. El único cambio que pasó en mi vida fue cuando murió mi esposo, pues tuve que trasladarme de casa ya que lo veía todo el día, e incluso soñaba con él. “Abuelita, te vamos a hacer una casa arriba en el alto” me dijeron mis nietos. Al poco andar ya estaba viviendo en una nueva casa y tiempo después en compañía de mi hijo Javier.



Toda mi vida he tenido ovejas, por lo cual sé todo lo que hay que hacer durante el esquilado. Generalmente empezábamos entre los meses de octubre y noviembre, que es período donde las ovejas tienen más vellones. Tomábamos las tijeras e iniciábamos los cortes hasta dejarlas peladitas, después lavábamos la lana en la artesa y luego la colgábamos en los cercos. Cuando estaba seca, separábamos y escogíamos los vellones buenos, ya que una oveja de lana limpia y larga, da un ovillo de un kilo; en cambio hay ovejas que dan lana corta o de salida, la cual ni siquiera pesamos ya que sólo sirve de relleno, lo cual tampoco es malo, porque todo sirve.

Del teñido sé mucho, pero no me pregunten cómo aprendí, porque no lo recuerdo. Se puede teñir con muchos árboles ya que todos dan tinta, por ejemplo, con el romerillo queda un color verde amarillento; con el cáñamo se tiñe color granate; la barba de palo al igual que la corteza de un manzano, dejan un tono café; hay un pasto que sale en la huertas que da un color verdedito; con la corteza del maqui se obtiene un plomo y con el radal a veces queda azulino. De eso no más me acuerdo, ya que no soy la mujer alentada de antes.

Otras de las cosas que hacía y me gustaba mucho, era trabajar en telar, para lo cual usaba de esos telares antiguos que eran de gran tamaño. De hecho, lo último que hice fue una frazada hace unos 20 años atrás y lo recuerdo bien, porque mi marido falleció hace 16 años y ya tenía esta frazada. Hice de todo en telar, pero ya no trabajo en eso, porque estoy cansada; sin embargo, todavía hilo, ya que debo hacer algo para entretenerme, porque con esta edad ya casi no duermo.



“EN LAS NOCHES LUNA TEJÍA MIS GORROS CON LANA TIRADA”

ELENA RAILAF FILUM, 45 AÑOS, CHAIHUÍN

Aprendí a tejer mirando a mi abuela. No sé qué edad tenía, pero recuerdo como ella tejía a crochet chalas de casa, chalecos y otras cositas más para abrigar a sus nietos. De tanto mirar, un día tomé un ovillo de lana, un palillo y comencé a tejer hasta que aprendí bien y terminé un tejido. Me acuerdo que a los 10 años tejía en las noches a pura vela y cuando había noches lunas tejía mis gorras con lana tirada.



Mi abuelita se llamaba Ana Llasquén y mi abuelo Juan Railaf, los dos vivieron toda su vida en Chaihuín, igual que toda mi familia.



Mi papá se llamaba Mateo Railaf y mi mamá Julia Filum; tuvieron 9 hijos, todos nacidos a orilla de playa y en un tiempo en el que sufrimos mucho, porque éramos todos chiquititos, seguiditos y nuestros padres a veces no tenían recursos para comprar lo que necesitábamos. Y es que crecimos en Chaihuín cuando habían unas pocas familias no más, y en un tiempo en el que no había caminos, sino más bien una huella bordeando el mar o bien por la montaña pasando Quitaluto, lo que significaba 5 horas caminando y un poco menos a caballo o en bote para llegar a Corral.

Pero los recuerdos buenos son los que quedan y estoy feliz que mi abuelo haya llegado a estas tierras a sembrar, porque llegó a Chaihuín y sembró por todos lados, hasta que encontró el lugar deseado y se quedó sin mayores dificultades, porque antiguamente la gente vivía así no más; se instalaba y hacía su casita donde más le agradaba, ya que nadie era dueño de los terrenos. Ahora es distinto.

Me casé con Fredy Colipay cuando yo tenía 23 años, y tuvimos 3 hijos: el Camilo, el Andrés y la Jenny. Nos conocimos desde chiquititos, porque fuimos vecinos hasta los 4 años; de ahí su familia se fue a Queule por 8 años y después a San Antonio. Volvió a Chaihuín cuando tenía 17 años; desde entonces fuimos muy buenos amigos hasta que nos enamoramos y casamos; ya llevamos 28 años de matrimonio. Él es pescador artesanal, pero últimamente se dedica a trabajar con la motosierra.



Somos una familia unida, que ha sido capaz de superar los problemas, ya que a veces el trabajo no está bueno, pero gracias a Dios no nos ha faltado para comer. El mar nos regala sus mariscos y pescados y tenemos un invernadero con porotos, cebollas, zanahorias, morrón, ajíes; el ají lo uso para hacer pastas con ajo, morrón y cebolla. Cuando me compran les advierto: “Tenga cuidado con el ají, porque es muy bravo”.

Mi abuela teñía lana y me enseñó, pero nunca me entusiasmé por aprender, porque me gustaba tejer con los colores naturales de la oveja. Al pasar los años retomé el teñido, ya que hay tanto árbol nativo en esta zona y con todos ellos se puede teñir. Así que tengo lanas trabajadas con barba de palo, radal, flor del notro, menta, hinojo, flor de aroma, pillo pillo, hojas del maqui y de la ñocha; uso sal o bicarbonato como mordiente para fijar el color, porque si no se pierde la tinta.

No sé porqué me gusta tanto el tejido; mi mamá dice que nací tejedora y que de los 9 hermanos la más cargante soy yo. Debe ser cierto, visto que paso mucho tiempo con los palillos y siempre buscando puntos y modelos para hacer. Generalmente tejo en la noche, porque en el día no tengo tiempo; y cuando empiezo el tejido no me duermo hasta que lo termino; al otro día miro los detalles y me siento feliz con lo que hice.



Antes la gente venía a mi casa a comprar mis tejidos, pero hace 3 años construimos un local de venta de artesanías en el cual invertimos recursos propios. Ahora mi tienda de artesanías “Eluney” (regalo del cielo) es parte importante del ingreso familiar, en especial durante el verano, ya que vienen muchos turistas de afuera y ellos aprecian el trabajo artesanal.

“EL MAR ES UN PADRE MARAVILLOSO QUE NUNCA TERMINA DE DAR”

BELLADINA TORRES GARRIDO, 73 AÑOS, HUAPE

Empecé a tejer desde pequeña y fue mi abuelita la que me enseñó, porque mi mamá nunca tuvo paciencia conmigo, porque era dura para entender, además con 9 hijos no le quedaba tiempo. En todo caso, no me afectó en nada, mire que a los 11 años ya tejía perfectamente y vendía mis tejidos a los pescadores de la caleta de Amargos. Hacía especialmente medias y calzoncillos largos de lana para los buzos escafandras, de esta forma juntaba mi plata para vestirme y comprar algunos víveres para la casa.

Mi mamá nunca me dio larga para que saliera a trabajar, a pesar de que yo quería irme fuera de Corral. Mi abuelita le decía “Deja a esa chica que se vaya a trabajar”, pero no hubo caso que me diera permiso. Por esta razón, no pude conocer hombre por otro lado y me quedé con uno de por aquí no más, de lo que había en Huape. De hecho, a mi madre nunca le gustó mi pretendiente y hartó me quitó para que no me casara, pero fui muy porfiada y no escuché ningún consejo. En fin, tuve mala suerte, porque mi marido que era pescador, me salió borracho y más encima era mañoso conmigo y me llenó de hijos.

Mi abuelita se llamaba Gala Ortiz Jara y mi abuelo Víctor Garrido Ortiz; mi madre Blanca Garrido Ortiz y mi Padre Baldomero Torres Fuentealba.

Mis abuelitos me contaron que llegaron a Corral sólo con sus pilchas, después de una gran crisis que ocurrió en Chile y que los afectó económicamente. En esa época mi abuelo trabajaba en un astillero y se quedó sin trabajo, y poco a poco empezaron a cerrar los negocios en Valdivia. Esa fue la razón por la que mucha gente se fue a vivir cerca de la costa, ya que junto al mar no se iban a morir de hambre. Al principio sufrieron mucho para salir adelante, ya que no sabían mariscar ni trabajar en el monte; tampoco tenían un lugar donde habitar, teniendo que dormir con sus hijos debajo de unas matas para protegerse del frío y la lluvia.

Tengo una historia larga con momentos buenos y malos, porque así es la vida. Me casé a los 19 años y tenía 33 años cuando me operaron para que no tuviera más hijos, siendo ésta la primera vez que visité a un médico porque nunca fui a un control al hospital ni menos recibí un kilo de leche para mis hijos cuando estaban recién nacidos.

Fue muy duro ese tiempo, en especial durante el invierno, debido a que eran meses de mal tiempo y nadie se podía acercar al mar; sin embargo, cuando se calmaba la lluvia y el viento, teníamos luche, cochayuyo, mariscos y pescados. También sembrábamos la tierra, así es que teníamos las verduras para las comidas del día y aprovechábamos de guardar lo que podíamos para tener durante el año. Pienso que uno no tiene riquezas, pero tiene la tierra para sembrar y el mar es un padre maravilloso, porque nunca termina de dar.



Recuerdo que lo único que recibí gratis fue la leche para mis hijos, lo cual ocurrió durante el gobierno de Allende cuando los niños estaban en la escuela. En ese tiempo vivíamos en el sector El Pastal de Chaihuín y tenía que levantarme temprano para vestir y enviar a mis siete hijos al colegio. Ellos caminaban 2 horas a pie pelado siguiendo la huella que pasaba por la orilla de la playa para llegar a la escuela que estaba ubicada en Huape. Al llegar lo primero que les daban era su lechecita.

Fui una madre con 11 hijos en un tiempo difícil. Como no teníamos recursos, tuve que vestirlos con ropa de lana, así es que como comprenderán, tejí muchos pantaloncitos, chombas, calzoncillos y medias para protegerlos del frío. A todos les enseñé a hilar y tejer, y aprendieron rápidamente, ya que pasaban todo el día al lado mío mirando cómo tejía las medias, los zapatos de lana y los guantes para la escuela.

A pesar de todos los sacrificios y carencias, hoy le doy gracias a Dios, porque tengo una buena casa, vivo cerca de mis hijos y hermanos, y hasta puedo decir que estoy disfrutando de la vida, aunque todavía sigo criando, ya que vivo con una nieta de 17 años. La empecé a educar, porque el matrimonio de mi hijo fracasó, porque los dos eran buenos para el trago y por ende descuidaron a la niña; tuvo que intervenir Carabineros, dejando a mi nieta en el hogar de menores Villa Huidif de Valdivia; esto me dio mucha pena, así es que hice todos los trámites y cuando tenía 6 años la traje a vivir conmigo.



Lo cierto es que no me canso de criar hijos, porque eso da vida. Esta nieta a veces me hace sufrir, rabiar, pero también me hace sonreír, por eso hago todo lo posible para que estudie y sea alguien en la vida, porque hoy existen muchas facilidades como los internados y las becas. En cambio, mis hijos apurados aprendieron a leer y escribir.

Siempre me entusiasmé por el tejido y me gusta hasta la fecha, pero ya no tejo tanto, sino más bien hilo y vendo lana a las tejedoras. Puedo decir que soy la mejor hilandera de por acá y por eso tengo todos mis dedos chuecos donde le doy tanta vuelta al huso.

Soy viuda por segunda vez y es que definitivamente no tengo suerte con los hombres. En efecto, el último era muy bueno pero no me duró nada. Igual la gente dice que me busque un compañero para no estar sola, pero yo les digo que no, porque otro hombre me va a enterrar a mí. La verdad es que no me ha faltado, pero yo les digo “No, no, gracias”.



Nosotros fuimos 9 hermanos, de los cuales 6 eran hombres y 3 mujeres, pero de 2 matrimonios, porque mi madre quedó viuda a los 36 años con 7 hijos, siendo la única mujer yo y luego se casó nuevamente con un hombre muy joven con el que tuvo 3 hijos más, de los cuales 2 eran mujeres.



Tendrás que tejer
como la araña,
para que lleve la historia
en cada hebra.

Poema “*Hebras de vida*”
Faumelisa Manquepillan Calcufo

“NO QUIERO QUE SE PIERDA LA TRADICIÓN DE LA LANA”

JUANA LEONOR COLIPAY ANDRADE, 70 AÑOS, CHAIHUIN

Nací en Punta Galera según dicen mis papeles. Mi papá se llamaba Juan Alberto Colipay y mi mamá Sara Andrade Rodríguez, ambos no eran de esta zona; mi mamá proviene de los alrededores de Osorno y mi padre de La Unión. Se conocieron cuando ella trabajaba en la administración de una empresa maderera en la barra de Trumao y entre tantas andanzas se casaron. La verdad es que no sé muchos detalles de cómo se juntaron, porque los padres antiguos eran más reservados, no como ahora que lo cuentan todo.

Sólo sé que una vez juntos, avanzaron desde La Unión hasta a Punta Galera, después se fueron al sector Piedra Redonda que queda entre Huiro y Chaihuín, y terminaron viviendo en El Boldo. En ese tiempo éramos 12 hermanos, todos de una edad similar, por lo que siempre estábamos juntos colaborándoles a nuestros padres en los quehaceres del campo. Ayudábamos a sacar los caracoles y la maleza de la huerta; también participábamos en la recolección de mariscos, en especial yo y dos hermanos de casi un mismo porte. De hecho, fui la única de las hijas que andaba con el papá mariscando; recuerdo que él me pasaba un canasto chiquitito para buscar mariscos en las rocas los días en que la marea estaba baja.





En ese tiempo no había caminos, por lo cual era muy difícil trasladarse de un lugar a otro. Un ejemplo de esto y que la gente cuenta, es que mis padres perdieron a dos hijos cuando vivían en la barra y que desde allí los trajeron a Chaihuín para darles sepultura. Fue tremendo sacrificio y doloroso, porque tuvieron que cabalgar con los cadáveres por la cordillera. Algo similar ocurrió con mi abuelito, pero con él demoraron más tiempo ya que salieron a las cinco de la madrugada y llegaron al anochecer del día siguiente; esto pasó porque los caballos apenas andaban por el monte quedándose estancados entre la maleza, lo que hizo que tuvieran que detenerse varias veces para abrir huellas con el machete.

Desde muy pequeños empezamos a trabajar en el campo. Mi papá algunas veces nos pasaba un azadón a cada uno para trabajar la tierra, porque decía “que entre todos se avanzaba más rápido”. Así eran las cosas antes, todo se hacía en forma colectiva y nadie se podía negar, ya que no había escuela cerca y no teníamos nada que hacer.

Hubo un tiempo eso sí -yo calculo tres meses aproximadamente- que fui a una escuela que estaba en Chaihuín y que desapareció tras el terremoto del 1960, en ese corto período aprendí a leer, escribir, a sacar cuentas; recuerdo que le ganaba a los otros chicos inclusive a los más grandes, pues no se me olvidaba nada.

Aprendí a tejer porque mi madre fue una tejedora; ella sabía hilar, tejer a palillo y en telar; por esa razón nos criamos con ropita hecha por ella. A veces no tenía lana, pero de todas maneras se las arreglaba vendiendo pollos y verduras para ir después a comprar lana a Huiro. Pero no era tan fácil, porque para llegar a Huiro tenía que cruzar el río Chaihuín con el caballo nadando, puesto que había un sector muy profundo en el cual no pasaba el caballo a excepción de los días que estaba baja la marea.





Mi mamá tejía frazadas, mantas y también las prevenciones que eran unos bolsos con tapas y correas que usaban los jinetes en el caballo para llevar sus cosas. Me gustaba mucho como quedaban, así es que un día tomé la medida a una prevención y me puse a tejer, tiempo después, pasaba tardes enteras haciendo prevenciones, siendo lo único que vendía a la gente ya que las frazadas gruesas que hacía con lana torcida y las mantas eran para mis hijos.

Mi papá fue pescador artesanal, sin embargo hacía de todo, porque a veces el tiempo estaba malo y no podía salir al mar, dedicándose entonces a cortar las matas de los chupones y murras, o bien sacando las piedras, ya que el lugar donde vivíamos, cerca de la desembocadura del río Chaihuín, era muy pedregoso.

Tenía 16 años cuando me casé con Heraldo González Garay, en ese momento nos fuimos a un terreno que era de mi familia y allá tuvimos 10 hijos: Heraldo, Luis, Elisa, Enrique, Gladys, Rolando, Patricia, Hortensia, Julio y Robinson. A todos les tejí chaquetitas de lana pero de aquellas modernas que usaban botones o cierres, también les hice medias, gorros y chombas.

Nos esforzamos para que todos nuestros hijos estudiaran. Las mujeres se fueron internadas a la Casa de Huérfanos en Valdivia y luego algunas se fueron al internado de Puralón el cual estaba camino a Panguipulli. Todos fueron buenos colegios administrados por monjas en donde las tenían trabajando y estudiando.

En el tiempo que estaban en la escuela, solamente hacía medias y gorros para vender y algunas veces, cuando me mandaban a pedir, las prevenciones, las que comencé a tejer con lana que compraba mezclada con nylon, esto con la intención de que fuesen más resistentes, ya que las que tejía con lana tirada era muy débiles y no aguantaban tanto peso.

Los ingresos familiares resultaban de la pesca artesanal, pues mi marido tenía una embarcación a la vela y salía con otros hombres a pescar la sierra y la corvina; y cuando estaba calmado el mar mariscaban el loco y el erizo. Para éste último utilizaban una “fisca” que era una vara gruesa que se partía en cuatro patitas a la cual se ponía unos palos dentro para dejarla abierta, luego se amarraba con un alambre dejándola como herramienta para sacar erizos. Como tenían que juntar muchos erizos para poder venderlos, buscaban un lugar tranquilo cerca de las rocas para hacer una poza. Ahí dejaban los erizos, echaban huiro para que estos no se fueran y cuando juntaban bastante se iban a Valdivia a venderlos.

Con el loco trabajaban de la misma forma; hacían unos jaiberos que eran unas argollas de alambre con un tejido medio suelto al que amarraban con cáñamo una jaiba que estaba con agujeros y también una “potala” que era una piedra alargada para que se vaya al fondo. Se dejaban en la tarde para recolectar en la madrugada, recogiendo de cada jaibero cuando estaba bueno entre 50 a 60 locos.





Mientras mi marido estaba fuera, yo me dedicaba a trabajar en el campo y a cuidar a los niños. En el día no me quedaba mucho tiempo, ya que teníamos una huerta grande en la cual sembrábamos porotos, papas, arvejas, habas y maíz con el que hacíamos harina. Y en la noche, recién cuando los niños se quedaban dormidos, me ponía a tejer. Cómo todavía no se usaban velas ocupábamos un mechero para alumbrar el fogón de la ruca, ya que en ese tiempo vivíamos en rucas de paja. Mientras los niños dormían alrededor de la paja, yo tejía hasta que me cansaba. Sólo un tiempo vivimos en la ruca, porque después mi marido comenzó a construir una casita con tejuelas para el techo y con piso de madera que sacaba del bosque.

Hace más de 15 años que comencé a vender mis tejidos y sucedió porque la gente empezó a pedirme chombas, en especial mujeres que no sabían tejer y querían regalarle un tejido a su marido. A veces me entregaban la lana y pagaban sólo por la hechura pero eso no me dejaba tanto como venderla con la lana incluida. En ese entonces pagaban 2 escudos por una chomba, hoy eso serían como 2 mil pesos.



Hoy llegan a Chaihuín muchos turistas, pero no me compran como antes, debido a que hay más tejedoras que tienen sus negocios de artesanías y también porque a veces llegan turistas comunes y corrientes que no valoran las artesanías. De todas formas siempre tengo mantas, muñecos y otras cosas más para vender, porque uno nunca sabe.

Sigo tejiendo porque no quiero que se pierda la tradición de la lana y es lo que he transmitido a mis hijos. Lamentablemente todas esas cosas que tejí, como las mantas y frazadas, se perdieron en un incendio que destruyó la casa que construimos luego de vivir en la ruca. Eso ocurrió en 1972, me acuerdo bien porque el año 1973 fue el golpe militar y aún no nos reponíamos del dolor. Pero no todo fue tan malo, ya que mi marido tenía ahorrado bastante dinero y lo había guardado entremedio de la biblia la cual se salvo milagrosamente del incendio. En ese momento mi esposo estaba en Santiago dejando a dos hijos en un internado que administraba Carabineros. Cuando le avisamos, retornó inmediatamente en tren el cual era el único medio de transporte al que se podía acceder en ese tiempo. Esta experiencia no se la doy a nadie, porque es muy doloroso perder todo lo que con esfuerzo has construido en años. Tuvimos que comenzar de nuevo y para ello recibimos mucha ayuda de personas que nos regalaron sus manos y tiempo para levantar otra casa, la que construimos en este terreno en el que vivimos hoy.

“LO PRIMERO QUE APRENDÍ A TEJER FUERON MUÑECAS”

FRESIA ANTILLANCA ANTILLANCA, 48 AÑOS, HUIRO

Me llamo Fresia Marlene Antillanca Antillanca, nací el 2 de mayo de 1964 y tengo 48 años; soy una mujer con buena salud y debe ser porque nos alimentamos básicamente con lo que nos da la tierra y el mar. Me casé con Juan Antillanca Palacios y tuvimos 4 hermosos hijos llamados Álvaro, Leticia, Bárbara y Daniela. Mi hijo mayor es discapacitado, sufre de epilepsia, de parálisis físico motora del lado izquierdo y tiene además un retraso mental de un 66%, cumplió 31 años el 15 de enero. La única que no vive conmigo es Bárbara, que trabaja en Valdivia.

Mis padres se conocieron, casaron y tuvieron sus hijos en el sector de Huiro. Mi mamá se llama Ida Victoria Antillanca Montaña y mi papá se llamaba Maximiliano Antillanca Muñoz. Luego del fallecimiento de mi padre hace 13 años, mi mamá no quiso quedarse en Huiro, así es que se fue a vivir a Chaihuín.



Aprendí a tejer con mi abuela María Montaña, ella hacía muñequitas de lana, zapatitos a crochet, chombas, mantas, medias, ropa de cama; en fin, hacía de todo con la lana. Como toda niña, me encantaban las muñecas por eso lo primero que aprendí a tejer fueron muñecas. Tejía las piezas, las unía y luego las cocía hasta formarlas y también les hacía ropa. En ese tiempo no había radio ni televisión, por lo cual nos entreteníamos con los labores del campo.

Como mi papá tenía ovejas, aprendí a esquila cuando era muy pequeña. Nos pasaba una tijera y una oveja, y comenzábamos a hacer los cortes muy lentamente para no lastimar al animal, por lo que demorábamos toda la mañana o más. Era muy divertido, en especial, porque las ovejas no se movían para nada; al terminar tomábamos lo vellones de lana, le sacábamos las basuras y la lavábamos.

Recuerdo que un día se nos arrancó una oveja en la mitad del esquilado, corrimos todos muertos de la risa a buscarla y la oveja vuelta loca corría arrastrando la lana. Esas historias son parte del campo, porque uno aprende equivocándose y mirando.





También tuvimos vacas y aunque mi papá trató de enseñarme a ordeñar, nunca aprendí. De hecho, lo intenté varias veces pero no salía ninguna gota, al final me echaba del lugar porque decía que le iba a “subir la leche”. En cambio él sacaba muchay nos daba el “apoyo”, que es la última leche de la vaca.

Me gusta vivir en Huiro, porque es un lugar tranquilo y siempre hay algo que hacer, ya sea recolectando mariscos, algas o bien saliendo a pescar; o sembrando distintas hortalizas, como lechugas, pepinos, tomates, betarragas, ají, chalotas, orégano y porotos, entre otras.



Hace bastantes años creamos la Agrupación Kutralhue de Huiro, en la cual participaron muchas artesanas del sector y donde fui presidenta por 8 años. Nos reuníamos en un local que ésta al lado de la cancha de fútbol, allí intercambiamos conocimientos y aprendimos a mejorar nuestros trabajos.

Yo les enseñé a hacer las muñequitas de lana y nos fue bastante bien, puesto que nos solicitaron desde Estados Unidos una partida grande de muñecas. Incluso todavía conservo algunas las cuales estaban teñidas con vino tinto. “Esta lana esta curada” decía la gente.

Cuando estaba funcionando la agrupación gestionamos diversas capacitaciones, por ejemplo, la elaboración de mermeladas, conservas y salsa de tomates; computación básica, tejido a telar y teñido con productos naturales. Algunos cursos fueron financiados por las Naciones Unidas y otros por algunas instituciones de gobierno.

Actualmente la Agrupación Kutralhue sigue funcionando, pero ya no es como antes, debido a que varias socias iniciaron su propio emprendimiento al igual que yo que tengo minegocio de venta de tejidos.



“LAS MUJERES MAPUCHES APRENDEMOS MIRANDO, GUARDANDO ESOS APRENDIZAJES EN LA MEMORIA”

MARITZA MUÑOZ TORRES, 51 AÑOS, HUAPE

Todo lo que aprendí me lo enseñaron mis padres. Con mi papá conocí todos los quehaceres del campo y oficios del mar, ya que de pequeña lo acompañaba en su bote a sacar mariscos, pescados y jaibas. Mi mamá en cambio, me enseñó las tareas del hogar, en especial el hilado y tejido cuando tenía 7 años, pero lo hizo con un gesto de cansancio, ya que fui muy insistente con eso. Y cómo no serlo, si observaba a mi mamita tejer a sus 11 hijos chombitas largas hasta por debajo de las rodillas que eran como vestiditos, para protegernos del frío; pasaba horas urdiendo cada punto delicadamente hasta terminar cada prenda. Es por esos bellos recuerdos que me siento tan cerca de la lana.



Mi papá se llamaba Domingo Muñoz Maripán y mi mamá se llama Belladina Torres Garrido, fuimos 11 hermanos pero quedamos sólo 9.

Todos mis hermanos participaban y cooperaban en la esquila, hilado, tejido y es porque todo el trabajo en el campo era familiar. Mientras el papá nos enseñaba las técnicas para extraer el vellón, la mamá nos entregaba los conocimientos para escarmenar, estirar y hacer los cadejos de lana. Pero antes, teníamos que lavar los vellones en el mar para limpiar y sacar el veri, que es la grasa del animal. Una vez limpia, la estirábamos y dejábamos en una roca para secarla, luego mi mamá la metía en un tambor con agua tibia y detergente, después la enjuagaba y tendía en los cercos. Cuando estaba seca, separábamos la lana larga de la corta ya que ésta última sólo servía para relleno de las camas, plumones y almohadas.

Con tal abundancia de lana, nos criamos como si fuésemos corderitos, pues dormíamos muy calentitos en camas y plumones rellenos de lana. Estos últimos mi mamá los hacía con los restos de géneros de vestidos que ya no usaba; cortaba parte de la espalda para unirlos y formaba los sacos, enseguida los rellenaba con lana y cubría nuestras camas. Obviamente, los más felices éramos nosotros, ya que en ese tiempo el frío era muy intenso.





En ese entonces mi mamá no teñía, así es que sus tejidos eran con los colores naturales de la oveja, es decir, en color blanco, plomo o negro. Pero sí recuerdo a mi papá teñir la “filástica” que era un cordel que utilizaba para amarrar el bote. Para eso, torcía el cordel con unas cañuelas y lo teñía con cáscara de tino, ulmo y radal. Luego hervía todo en un tambor grande y en un par de horas la filástica tomaba color.

Fue una niñez con momentos muy bellos, pero a la vez fue una vida dura, ya que como era la hermana mayor tuve que ayudar a mis padres con la crianza de mis hermanos. De ahí que durante mi infancia casi nunca jugué, y es por eso que la única muñeca que tuve la colgué en la pared en una bolsita para que no se ensuciara.

Tenía apenas 11 años cuando me quedaba al cuidado de mis hermanos, ya que mis papás se iban a pescar por varios días a Huiro. En el día lavaba, cocinaba, hacía el pan y luego lo cocía en el fogón; y en la noche los acostaba a todos y dejaba listas las mamaderas, porque tenía dos hermanitos pequeños, uno que estaba gateando y otro en la cuna. Recuerdo que envolvía las mamaderas en un paño de lana y las metía en la cama de algunos de mis hermanos para que no se enfriaran, luego cuando despertaban los bebés, a eso de las 3 de la madrugada, se las daba. Al otro día, me levantaba temprano, lavaba pañales, preparaba desayuno, en fin, la rutina se repetía hasta que llegaban mis padres.

Ese momento era hermoso, pues esperábamos ansiosos su retorno jugando cerca del mar y cuando divisábamos el bote corríamos rápidamente al muelle para ayudar a sacar los pescados y mariscos, esperando además, que nos trajeran los huevitos de sierra o corvina los cuales los cocíamos y comíamos sólo con sal. También ayudábamos a cocer las jaibas, a ensartar los mariscos y cargar el bote para ir a Valdivia para lo cual esperaban que apareciera el viento, ya que navegaban a pura vela. Tan pronto llegaban a la costanera de Valdivia, vendían todas sus cosas, compraban víveres y volvían remando a Huape.





Soy y me gusta tener sangre mapuche. Nuestros rasgos son mapuches, nuestra forma de vida es mapuche y eso es evidente: nos acusamos de inmediato con nuestros rasgos.

Cuando no tengo nada que hacer, me siento a disfrutar del paisaje y no me canso de mirarlo. No he llorado, pero he sentido mucha nostalgia ante tanta belleza.

Una vez caminaba por la orilla de la playa, de pronto, me quedé mirando el mar y lo vi tan hermoso que me emocioné. Lo tenía tan cerca y nunca lo había disfrutado como aquel día.

Cuando voy al monte, me siento en un tronco, medito y pienso en todo lo que ha destruido el hombre. Es triste, porque un día se van a terminar los bosques y uno espera que su descendencia también disfrute de la naturaleza.



Empecé a vender mis tejidos en el año 2008 cuando abrimos con la Agrupación LafquenMapu el restaurant “Pesca Sur”. En forma paralela, también participamos de una serie de capacitaciones, las cuales nos ayudaron a mejorar la calidad de nuestros tejidos y a generar redes para asistir a diversas ferias artesanales en Valdivia.

Fue muy valioso asistir a los cursos, entre éstos, el de telar, ya que nunca había trabajado con esta técnica. De hecho, me impresionó darme cuenta que podía hacer figuras en el telar sin mayores inconvenientes porque los iba dibujando en forma natural en mi mente. Es algo que no puedo explicar, sólo sé que resultó muy fácil para mí. El teñido también lo aprendí en un curso, de ahí que comprendí que lo que hacía mi padre con la filástica se podía hacer con la lana de modo similar.



Hijas del mar y la tierra
te arroparon con ancestrales tejidos
historias sobre hebras
mapuche, sí
mapuche sus manos y cuerpos

Poema "Hijas mías"
Faumelisa Manquepillan Calcufo

"UNO MIRANDO APRENDE HACER LAS COSAS"

INERTA CHATRES RAILAF, 67 AÑOS, HUIRO



La rueca la hizo mi esposo hace varios años atrás, le falta aceite por eso suena, pero como soy desobediente aún no lo he hecho. Me ha servido bastante, pero a veces me pilla porque tiene que ser rápida la mano y ágiles los pies para hilar. En fin, podría estar toda la tarde hilando así es que mejor las invito a conversar.



Nací el 14 de julio de 1946 en Quitaluto. Me criaron unos abuelitos llamados Maclovia Muñoz y Pedro Antillanca; ellos se hicieron cargo de mí cuando era un bebé y me llevaron a vivir a su casa en Huiro. En ese lugar pasé mi infancia la cual no fue buena, sino más bien triste porque estuve muy sola, dado que vivíamos aislados por el monte, además el clima era muy malo, pasando semanas con lluvia y neblina. Por ello, no tuve educación ni amigos con quien jugar y también porque mis papás de crianza no tenían recursos para enviarme a la escuela y menos para comprarme vestuario y zapatos; de hecho, la ropa que usaba la tejía la abuelita y sólo una vez tuve zapatos, unas “chapulinas” de lona las cuales las ocupaba los días domingo para ir de paseo a Chaihuín.

Pasaba mucho tiempo en el campo jugando con las conchitas de locos y palitos que encontraba; también me subía a los árboles y miraba a los pájaros verdes posarse en las copas e intentaba alcanzarlos. A mi abuelita no le agradaba que estuvieran tanto tiempo afuera, por eso me pasaba un huso para hilar. De hecho, fue ella la que me entregó los primeros conocimientos sobre el tejido; al principio, pucha que me costó y es que todos tenemos nuestra forma de aprender. Lamentablemente ella falleció cuando tenía 10 años así es que no pude aprender más, luego de este episodio nos quedamos viviendo solos con mi papito hasta que cumplí la mayoría de edad y me casé.



Conocí a mi marido en Huiro ya que mis papás y los de él se visitaban constantemente, así es que entre tanta conversación nos enamoramos y luego nos casamos. Al principio nos fuimos a vivir a la casa de mi suegra Elisa Antillanca Llauquén, período en el cual ella me enseñó a hilar y tejer. Recuerdo que pasábamos tardes enteras tejiendo y conversando de la vida, hasta que un día sin darme cuenta ya sabía hacer medias para un capitán, chombas, ajuares y otras cosas más. Reconozco que fue un privilegio vivir a su lado, porque sabía hacer muchas cosas que hoy no se usan como las “lamas” para las monturas de los caballos.

En ese tiempo mi esposo comenzó a trabajar cuidando las tierras y los animales de dos hermanos franceses - la hermana era conocida como la “condesa”- los cuales le permitieron construir una casa en sus terrenos. Fue así cómo nos separamos de mi suegra y comenzamos a vivir en familia. No sabemos qué sucedió con los franceses ya que de pronto desaparecieron y llegó la Empresa Forestal Terranova, la que trató de expulsar a todos los trabajadores y personas que habitaban la zona, entre ellos, nosotros. Así se inició un conflicto entre la empresa y las familias que vivían entre Chaihuín y Huiro, interviniendo el obispado de Valdivia para gestionar un lote de tierra y más tarde para realizar la subdivisión de las hectáreas para que cada persona tuviese su propio espacio. Desde entonces vivimos aquí.



Cuando participé de la Agrupación Kutralhue de Huiro, tuve la oportunidad de asistir a varios cursos de capacitación, entre ellos, de teñido. Aprendí mucho y ahora tiño con todos los árboles y plantas que tengo a mi alrededor como el michay, radial, eucaliptus, olivillo, yerba mate y maqui, cebolla, notro, rosa, murta y muchos más.

También aprendí a mejorar mi trabajo. Siempre recuerdo a una señora que decía que teníamos que ponerles identidad a nuestros tejidos y creaciones, desde entonces a todo mi trabajo le pongo la etiqueta con el nombre de mi quincho **“Mar y tierra”**.

Me gusta variar en mis tejidos, por eso siempre estoy creando cosas diferentes. Recuerdo una vez que fui a la casa de un gringo que vive cerca de punta galera y en su comedor tenía fuentes llenas de monitos y al mirarlos me dije:“los quiero hacer”. Es que uno mirando aprende a hacer las cosas.



Con mi marido e hijos construimos el quincho **“Mar y Tierra”** dónde no sólo vendo artesanías, sino que vendemos comida típica de la zona como albóndigas de cochayuyo y pescado; luche, catutos, tortillas de rescoldo y pescado al velero. También preparo mermeladas, conservas y licores.



“LA OVEJA ERA LA COMPAÑERA DE LA CASA”

MARÍA EMILIA AGUAYO GONZÁLEZ, 50 AÑOS, HUIRO

Vamos a teñir esta lana con barba de palo ¿la conocen? son esos líquenes de color verde medio gris que cuelgan en los árboles. Si miran hacia el cerro, pueden ver que hay mucha, porque crece en abundancia en esta zona y es con la cual voy a teñir esta lana. Sólo necesitamos una olla grande para echar la lana y la barba de palo; luego de hervir entre unos 30 a 45 minutos va soltando la tinta. El color depende de la cantidad de barba de palo, de la lana y del tiempo del hervido; al final se le agregala sal que es el mordiente que utilizo. A veces tiñe un café oscuro, otras veces queda más amarillento.

Nací en Chaihuín el 31 de julio de 1962. No sé mucho de mis padres, ya que me criaron mis abuelos en un mundo totalmente aparte.



Siempre tiño con michay, tronco de nalca, cáscara de cebolla, notro, barba de palo y olivillo y otros más.

Aprendí a tejer con mi abuelita María Emilia Garay Ruiz y es porque crecí mirando como ella hilaba diestramente y hacía esos jersey de lana cruda del color naturalde las ovejas. Pasaba horas observando como formaba los ovillos, yo jugaba con ellos y trataba de hilar imitándola, hasta que un día aprendí a usar el huso que era un pedazo de madera largo que tenía una papa o tortera en uno de las puntas y con el que se formaba la hebra de lana.

Mis abuelos también tuvieron ovejas, así que participé en todo el proceso del esquilado, desde amarrar a la oveja, cortar el vellón hasta lavar la lana en el estero. Una vez limpios los vellones ayudaba a mi abuela en la segunda etapa, que era estirar la lana lo cual se hacía separándola delicadamente para que no se cortaran las fibras. Mientras yo escarmenaba, ella se colocaba un montón de lana y comenzaba a hilar rápidamente con el uso en el codo. Con todas esas imágenes en mi memoria fue muy fácil aprender.

Más tarde cuando me casé con Juvenal Antillanca, nos fuimos a vivir donde mi suegra Elisa Antillanca, allí aprendí mucho más ya que era una tejedora de las antiguas. Pasábamos tardes enteras hilando, tejiendo y conversando; hacíamos chombas, medias, muñecas, hasta fundas para almohadas y colchones con relleno de lana; también hacíamos zapatos con carros de lana gruesa y estirada.

Antes la vida era más difícil ya que vivíamos aislados y el invierno era muy duro; tampoco había recursos para comprarnos ropa, por lo que teníamos que tejer no más para protegernos del frío y la lluvia; además no habían caminos que unieran Corral con Chaihuín y menos con Huiro; así pues la gente tenía que viajar en bote o bien cabalgando por el monte. ¿Entiende porqué le damos tanto valor a las ovejas?. El que no tenía ovejas propias no tenía ropa para protegerse de la dureza del clima.

Tengo 12 ovejas y están listas para esquilas. Generalmente toda la familia participa en este proceso, ya que más que ser un trabajo colectivo es una tradición en el campo. Se comienza volteando a la oveja para amarrarla; enseguida con una tijera de buen filo se corta a ras de la piel los vellones con mucho cuidado, luego se enrolla el vellón quitándoles todas las basuritas para terminar con el lavado de la lana. Nunca he pesado los vellones, así no sé cuánto kilos puedo obtener de una oveja, me dedico solamente a seleccionar la lana que sirve para hilar, porque no toda es buena; la lana larga sirve para tejer, en cambio la lana corta sirve sólo para los rellenos de las camas, cojines y

Crié a mis hijos durmiendo en camas rellenas con lana de oveja, porque cuando uno es del campo la oveja es la compañera de la casa.



plumones.

A mi hija le traspasé todos mis conocimientos sobre el tejido, por lo cual sabe perfectamente tejer e hilar. Al igual que yo, aprendió desde muy pequeña mirando, por eso que a los 5 años hizo su propia manta. “No puedo creer que esta cabrita de mierda esté tejiendo”, me dijo mi hermano.

Recuerdo que cuando llegó la época del colegio, dejaba de lado las tareas, así que tuve que quitarles los palillos.



Con mi marido tenemos 4 hijos: Rodrigo, Horacio, Yesenia y Teninson.

Esta temporada dejé de teñir, así que se me olvidaron algunos tonos y mezclas. La verdad es que me dio depresión, porque extrañaba a mis hijos y el hogar no es lo mismo sin ellos. Ahora estoy mejor, porque me di cuenta que los hijos deben hacer su propia vida y tratar de ser felices.

En todo caso, siempre vienen a Huiro y me dicen que es un privilegio vivir aquí. Debe ser cierto, porque toda la gente que nos visita, especialmente en verano cuando tenemos abierto el camping para acceder a la playa Pelche, nos dice que les encantaría tener una casita en tan bello lugar.



“MI MAMITA TEJÍA AL LADO DEL FOGÓN”

VICTORIA ANTILLANCA MONTAÑA, 71 AÑOS, CHAIHUIN

Cuando éramos pequeños mi mamita tejía al lado del fogón, junto a ella estaban todos sus hijos; nosotras, tratando de imitar sus tejidos y mis hermanos, torciendo la lana. Mi papá también participaba, pero lo hacía contándonos historias.

Así mientras tejíamos, nos imaginábamos ser los personajes de los cuentos: mujeres con vestidos de reinas y príncipes en caballos blancos avanzando al castillo. A veces mis hermanos se distraían y les daba sueño, pero mi papá rápidamente los animaba con otras historias.

Recuerdo también cuando mi mamá hacía tortillas; eso sí que lo disfrutábamos, ya que esperábamos ansiosos el pan calentito alrededor del fogón.



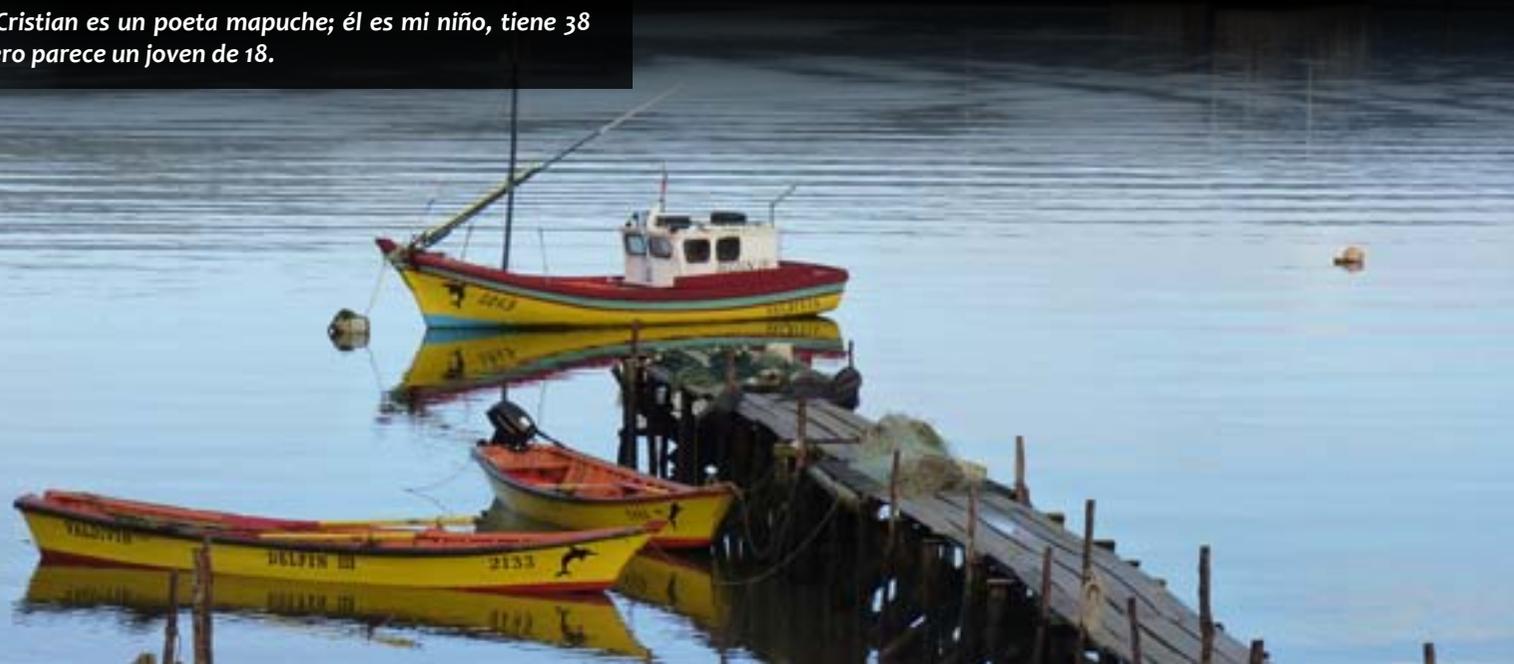
Mi papá se llamaba Pascual Antillanca Llancán y mi mamá María Antonia Montaña Bórquez, los dos se conocieron en esta zona y siempre fueron muy unidos. Como mi papá a veces no podía salir a pescar debido al mal tiempo, mi mamá lo ayudaba con la venta de tejidos para comprar mercadería. Hacía pañitos de hilo, refajos, corpiños, calzoncillos para las abuelitas, y todo lo vendía. Como éramos tantos hermanos y no alcanzaba para comprarnos ropa, nos tejía en las noches mientras dormíamos alrededor del fogón. Crecí mirando este entorno, por eso a los 6 años sabía hilar, torcer la lana y tejer.

En esa época no había radio ni televisión en Chaihuin, así es que teníamos mucho tiempo para estar juntos y siempre había algo entretenido que hacer en el campo. Ayudábamos a sembrar, a cuidar los animales, a mariscar, y como mi papá tenía ovejas, durante los meses de primavera participábamos del esquilado. Nosotros separábamos la lana para sacarle la basura y la llevábamos al estero para lavarla, luego la poníamos en un tambor con agua calentita y perlina que era un jabón gringo, grande y transparente. La enjuagábamos y la dejábamos secar en las rocas o en las matas; una vez seca, empezábamos a seleccionar la lana para tejer, separando la corta de la larga. La cortita para rellenar las camas y la larga para hilar y hacer los tejidos.



Cómo no teníamos reloj, mi papá esperaba que la luna saliera para ir a pescar al río Chaihuín; se iba con un hermano y trabajaban toda la noche. Pescaban robalo, pejerreyes, incluso salmón; luego si el tiempo estaba bueno se iban en bote a Corral a vender los pescados; de lo contrario, preparaban charqui y para eso cortaban el pescado, lo cubrían con mucha sal y luego lo colgaban hasta que se secaba para después ahumarlo. Cuando estaba listo, lo aplastaban con una piedra hasta dejarlo en forma de láminas, formaban los paquetes y cargaban los caballos para ir a Corral. Demoraban entre 4 y 5 horas; al llegar, pasaban casa por casa vendiendo el pescado. Al otro día retornaban a galope firme y llegando al atardecer.

Mi hijo Cristian es un poeta mapuche; él es mi niño, tiene 38 años, pero parece un joven de 18.

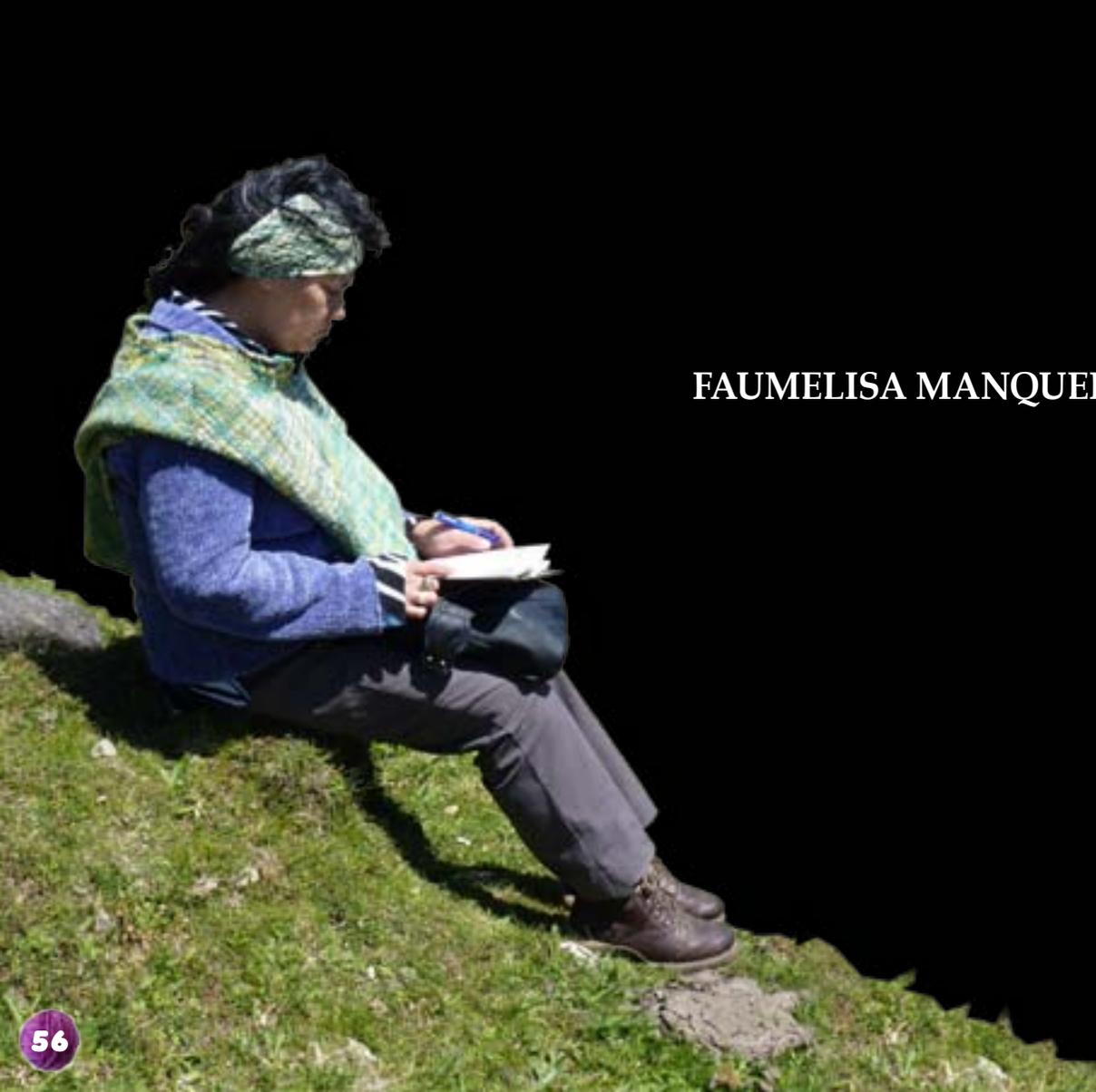


Uno se da cuenta por los rasgos y el vestuario, cuando una persona es mapuche: tienen el rostro redondito y el pelo negro; combinan el negro con colores fuertes y usan pañuelo. Yo tengo sangre mapuche.

Me casé con Maximiliano Antillanca Muñoz cuando tenía 16 años, construimos nuestro hogar en Huiro donde tuvimos 6 hijos llamados Eduardo, María, Alejandrina, Fresia, Cristián y Susana. Todas mis hijas saben tejer, pero la más tejedora es Susana. Mis hijos también aprendieron a hilar y tejer, incluso ellos mismos tejían sus zapatillas de lana para usar en la escuela de Chaihuín.

Hace 14 años falleció mi marido y como no pude vivir sola con tantos recuerdos, me vine a vivir a Chaihuín. También porque comencé a tener pérdida de visión por un glaucoma y cataratas, lo cual hace que necesariamente tenga que estar más cerca del consultorio. Pero no estoy sola, porque hace 5 años llegó a vivir conmigo mi hija Susana y mi nieta Martina.

Puedo decir que soy feliz con mi hija y con mi nieta, porque le han dado otro sentido a mi vida. La familia es lo más importante en la vida, nunca hay que olvidarse de ello.



FAUMELISA MANQUEPILLÁN CALCUFEO

Conocer a las mujeres de los sectores de Huape, Chaihuín y Huiro, me permitió involucrarme en una parte de un territorio Lafkenche desconocido, de una belleza abrumadora que conjuga un sin fin de paisajes y personas vinculadas a la tierra y al mar y que han sido intervenidos por el hombre ajeno durante siglos.

A pesar de que en este territorio se perdió la lengua, no desapareció la identidad cultural del pueblo mapuche, por el contrario, subsiste en la forma de vida de cada hilandera que escarmena la lana, que recoge semillas, ramas y cortezas para teñir, que da forma a sus diseños particulares y que entrega cariño de amiga, de madre, de hermana, de lamgen.

Si bien es cierto que sus conocimientos culturales y diseños no son los tradicionales de la cultura mapuche, sino más bien, propios de lugar que habitan, con técnicas de elaboración mayoritariamente a palillo, y también en telar tradicional; manteniendo fuerte dominio de los conocimientos del teñido natural con diversos vegetales naturales, es innegable que todas tienen un fuerte apego a su origen ancestral manifestada por la forma de vida y relación con la naturaleza tal como las señales del mar que se adentra en la tierra en su camino hacia el Sur.



Yo dejo que el viento me hable
cuando miro en la ventana,
luego le permito entrar
para que roce mi cara, cuerpo y mis manos.

Poema “Los recuerdos”
Faumelisa Manquepillan Calcufo

“LO MÁS LINDO ES CRIAR A LOS HIJOS CON LO QUE UNO PRODUCE”

SILVIA RAILAF HUALA, 51 AÑOS, CHAIHUÍN

Nací en un sector llamado Cadillal, un lugar muy bonito ubicado en la cordillera donde hay mucho cadillo, que es una planta que se da mucho en la zona de Chaihuín. Desde ahí nos fuimos a vivir a Punta Galera, a unos 50 kilómetros al sur de Huiro, y estuvimos hasta que cumplí los 9 años.

A esa edad ya sabía tejer, pues me inicié en el mundo de la lana haciendo ropa a mis muñecas. Recuerdo que con los restitos de lana que me daba mi mamá hacía vestidos, chombas, pantalones, gorritos; y cada vez que mi papi iba a Corral me traía un ovillo de lana, un par de palillos y un crochet. Él quería que aprendiera bien y lo logré, ya que después comencé a tejer prendas para mí y más tarde a mis hijos.



Mi mamá fue la que me enseñó a escarmenar, hilar y tejer, también a trabajar en los diseños y hacer los rebajes en el cuello y las mangas para el vestuario de mis muñecas.

Lo cierto es que aprendí jugando, por lo cual fue muy entretenida esta etapa. Eso sí, muchas veces nos equivocábamos ya que no calculábamos bien la cantidad de lana para hilar y hacer una chomba, resultando que apenas obtenía lana para urdir unos puntos.

Una vez le hice una chomba a un bebé lo cual fue cómo hacerle ropa a un muñeco vivo. Mi mamá me dijo que cobrara 4 pesos por el tejido, pero cuando vino el caballero le pedí 40 pesos. “Chuta, voy a tener que vender una vaca para comprarle la chomba señorita”, me dijo el hombre sonriendo. Esa fue mi primera venta.

Mi mamá se llama Silvia Huala Vargas y mi papá Arturo Railaf Reyes. Somos 4 hermanos; actualmente todos viven en Cadillal. Uno trabaja en la lechería, el otro en madera y mi hermana trabaja en tejidos y telares.



Cuando nació mi hija comencé a comprender el valor del tejido y a rescatar las tradiciones relacionadas con el pueblo mapuche. De hecho, me encantaría conocer más acerca de mi cultura, porque soy mapuche.

Esta inquietud me llevó hace dos años a un encuentro de pueblos originarios en San Martín de Los Andes y en donde por primera vez participé de una ceremonia de rogativa mapuche. Fueron 8 días en los cuales compartí con personas de distintas comunidades y que me llevó a comprender que todos los que tenemos apellido mapuche estamos vinculados a la tierra y al mar. Es por eso que me gusta tanto trabajar con la lana y los teñidos.



A los 19 años me casé con Sergio Leal y tuvimos 4 hijos de nombres Francisco, Moisés, Sergio y Camila. A todos les tejí ajuares porque lo más lindo es criar a los hijos con lo que uno produce. Mis hijos no tejen mucho, tal vez cuando sean más grandes quieran hacer cosas, porque ese conocimiento lo llevan en la memoria. Pero sí valoran tener sangre indígena; por esta razón me pidieron estar inscritos en una comunidad mapuche. Con mi marido hablamos de este tema y nos sentimos orgullosos, porque que no queremos que se avergüencen de ser mapuches como sucedió con muchas personas en el pasado que al ser marginados e insultados renegaban de su origen.

Hace 17 años llegué a vivir al Sector Poza Verde de Chaihuín ya que mi marido necesitaba regularizar el terreno, además porque el sitio donde vivíamos en Cadillal era de la administración de la Reserva Costera Valdiviana y al llegar la Empresa Forestal Terranova nos dejaron apenas 2 ó 3 hectáreas para criar nuestros animales y eso no fue suficiente.

Mis hijos no quieren que vendamos nunca este terreno, porque es su hogar; acá pueden gritar, correr y hacer todo lo que quieran, ya que no existen problemas de privacidad ni tampoco de delincuencia. También tenemos un sitio frente al mar en el cual, con el apoyo de Sercotec a través de un capital semilla, construimos mi negocio donde vendo mis tejidos, mermeladas y conservas.



Tiño con barba de palo, michay, raíz de la romaza que tiñe un amarillo clarito; con pillo pillo, ruda, con la hoja y la corteza del maqui, coigue, tineo, ulmo. Tiño con lo que tengo a mi alrededor.





“LA LANA HA SIDO UN PATRIMONIO PARA MÍ”

ELIANA BAEZA GARRIDO, 62 AÑOS, HUAPE

Tenía unos 7 años cuando mi mamá me enseñó a tejer. Como éramos dos hermanas seguiditas, tejíamos en conjunto una chomba y luego la vendíamos; el dinero lo guardábamos y cuando íbamos a Corral aprovechábamos de comprar zapatos y otras cosas que necesitábamos, incluso nos alcanzaba para ahorrar ya que mi mamá nos tenía libreta en el banco.

Mi mamá se llamaba Blanca Garrido Ortiz y llegó desde Valdivia a trabajar, porque un tío le contó que en esta zona la gente no se moría de hambre y que había un espacio para vivir; como ella siempre fue de huerta, no titubeó y se vino inmediatamente.

Al poco andar, conoció a su primer esposo, Baldomero Torres, con el cual tuvo 7 hijos. Lamentablemente este hombre se enfermó y dejó a mi mamá viuda a los 36 años con un montón de hijos. Pero ella no se quedó sola, porque más tarde conoció a mi papá José Baeza Matamala, de cuyo matrimonio nací yo junto a otros 2 hermanos.

Mi papá no fue tomador, pero fumaba; nunca fue más, nunca fue menos. Falleció hace dos años cuando tenía 84; en cambio mi mamá murió hace 5 años atrás. Todavía me duele mucho la ausencia de ellos, de hecho, cada vez que miro su casa los veo sembrando la huerta y cuidando la quinta, porque amaban la tierra. Aún tenemos su casa intacta, como si ellos vivieran.



Me casé con Alfonso Carmona Rivera y tuvimos 4 hijas: Sandra, Milena, María y Yasna.

La vida de esos años era muy sacrificada ya que no teníamos caminos y el paisaje era distinto, pues todo era bosque y monte, tampoco había luz eléctrica y más de 4 casas no había en el sector de Huape, las cuales estaban separadas entre 5 a 8 kilómetros de distancia. Lo que sí había, era bastante agua por los numerosos esteros del sector. Así visto, llegar a Corral era bastante duro y la forma para hacerlo era en bote, caminando o a caballo. Caminando se demoraban unas 6 horas, a caballo unos 4 horas y en bote era lo mismo, aunque si el bote usaba velas se avanzaba más rápido. Imagínese que cuando alguien se enfermaba lo llevaban en bote a Corral ocurriendo muchas veces que en la mitad del camino fallecía el enfermo.

Mi marido tiene 62 años, es pescador y todavía sale a la mar en una lanchita pequeña con la cual busca el congrio y la raya. Aunque últimamente no ha pescado mucho a causa de que los barcos pesqueros se lo llevan todo. Siempre le digo: “Lucho, porqué no vendes tu lanchita y te compras un furgón para trabajar en otra cosa”, pero él responde: “No, voy a morir como pescador”. Parece que no hay forma de sacarlo de ahí.

Después que mis hijas se fueron de la casa, comenzaron a salir proyectos del Indap, Prodesal y cuando iniciamos la Agrupación LafquenMapunos entregaron recursos de varias instituciones de gobierno para abrir el Restaurant Pesca sur. Desde entonces con otras señoras trabajamos cocinando y atendiendo el local, también vendemos nuestros tejidos, mermeladas, pastas y conservas.





La lana ha sido como un patrimonio para mí, porque me criaron vestida con lana, luego aporté en la educación de mis 4 hijas con la venta de mis tejidos y también con vestuario para ellas. De hecho, cuando estaban en el liceo todavía usaban el pantalón de lana bajo el delantal, pero siempre con lana de color natural, ya que el teñido lo aprendí hace un par de años a través de un curso que gestionó el Prodesal en Corral.

No somos ricos, pero gracias a Dios nunca nos ha faltado nada. Tengo mi invernadero en el cual cultivo arvejas, habas, porotos, papas y otras verduras; también tengo unos pocos animales e incluso una cabaña para arrendar la cual obtuve con recursos de Sercotec a través del sindicato de pescadores. ¿Qué más podría pedir?

Aprendí a teñir con productos naturales como el radal, el pillo pillo, el tronco de la nocha, quitral de maqui, hinojo, ruda, eucaliptus y con cuanta hierba aparece, porque todas dan tinta.

Dicen que la situación está mala, pero pienso que no es así, porque antes la vida era más sacrificada y costaba mucho alimentar y educar a los hijos. En cambio hoy existen oportunidades para los que quieren estudiar, inclusive vienen a buscar en furgón a los niños para que vayan a la escuela en Corral.

Yo también estoy nivelando estudios, me inscribí en la Omil de la Municipalidad de Corral y estoy cursando el 5° y 6° básico con las esperanzas de poder terminar mi escolaridad.

“HAY MUCHAS PLANTAS CON LAS QUE SE PUEDE TEÑIR”

MARÍA MARCELINA HUALA NAVARRO, 60 AÑOS, SECTOR EL PASTAL, CHAIHUÍN



Me gusta hablar de mi gente, de mis plantas, animales y de mis tejidos; me gusta caminar por la playa en las tardes, escuchando el ruido del mar y el cantar de los pájaros; me gusta recolectar piedras, algas y maderas.

Siento que he sido bendecida al vivir en este lugar, por eso agradezco a mi mamá María Sirila Navarro Antillanca, a mi abuela Margarita Antillanca Pumanceno y a mi abuelo Ricardo Navarro Quisto, por haber llegado a las tierras de Chaihuín, ya que todo lo que aprendí en la vida me lo enseñaron ellos, en especial mi madre y mi abuela.

Y es que la vida en el campo es muy distinta a la ciudad, pues nos criamos en medio de la naturaleza en un entorno de tranquilidad y familiaridad, alrededor de los padres, ayudándolos y aprendiendo de ellos; de hecho, aprendí a tejer, porque me enseñó mi mamá, ya que antes nadie nos venía a enseñar sino que era la mamá quién nos entregaba los conocimientos.



Cuando me casé, estuve a punto de irme a vivir en Chaihuín, debido a que mis padres tenían un terreno disponible, pero decidimos irnos donde mis suegros, principalmente, porque estaban solitos y no se encontraban muy bien de salud. Así es que nos ubicamos al lado del estero, construimos nuestra casita y hemos sido felices estos 35 años viviendo en el sector El Pastal de Chaihuín.

Mi marido se llama Alberto Maripan Maripan, se legitimó recién cuando hizo su servicio militar y sólo lo pudo hacer del apellido del papá ya que su mamá Petronila Díaz Olivero nunca sacó carnet y nunca tuvo ningún papel ni siquiera cuando se murió. Después que hizo el trámite Alberto, lo hicieron sus hermanos, ambos mayores de 30 años. Es que antes no eran necesarios los papeles, imagínese que mis abuelos nunca se casaron y sacaron carnet.

Con mi esposo tuvimos 6 hijos de los cuales tres son hombres y las demás son mujeres. De éstos, sólo las mellizas están solteras; Gennia que está en Valdivia haciendo su práctica de técnico en enfermería y Yaneth que está en Japón con sus patronos.



Tenía 9 años cuando mi mamá me dijo que aprendiera a hilar; yo no quería aprender porque me gustaba más trabajar en el campo y eso era porque desde muy chica acompañaba a mi abuela paterna a trabajar con los bueyes, a buscar leña, a sembrar y cuidar la huerta. Algunas veces me obligaba a trabajar con la lana y para no tener problemas hilaba un poquito frente a ella, pero me duraba poco, ya que terminaba jugando con los pollos y la papa del huso. Eso sí, recuerdo que cuando ocurrió el terremoto mi madre me pidió que tejiera una chomba yo sola; al principio lloré mucho, pero no me sirvió de nada, porque tuve que tejerla igual.

Aprendí a teñir la lana en un curso a través de la oficina del Prodesal en Corral. Esa vez nos enseñaron a teñir con cáscara de ulmo, olivillo y quitral de maqui. En fin, aprendimos que en nuestro entorno hay muchas plantas con las que se puede teñir, aunque sigo prefiriendo los colores naturales de la oveja.

También participé en un curso en telar el cual me costó mucho, ya que sólo fueron 50 horas y eso fue poco para mí. Recuerdo que le puse “miguelito” a mi telar para tratar de hacer más fácil mi aprendizaje; lo colocaba entre mis piernas y le decía “no me vas a ganar, no me vas a ganar”, como una manera de animarme, hasta que un día logré sacar un tejido.

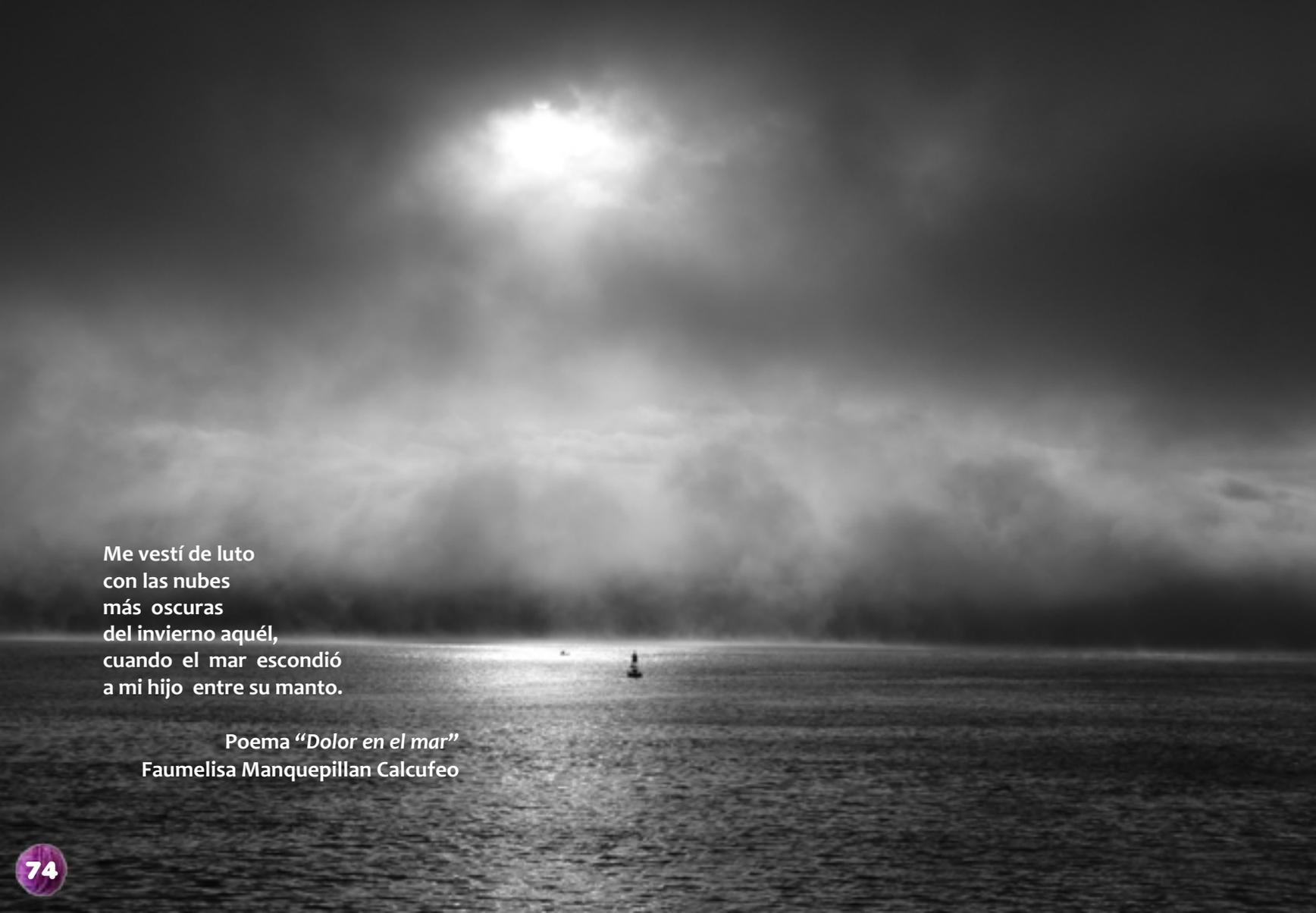


Una tarde caminaba por la playa cuando vi una estrella de mar flotando entremedio de las rocas; me acerqué, la recogí y supe que la naturaleza me pediría algo a cambio.

Volví a la casa pensando en mis hijos; me senté y de pronto sentí un dolor profundo en el pecho. En un par de horas supe que había perdido a mi hijo, tenía 36 años René Marcelo cuando se lo llevó el mar, nunca encontré nada de él, mi señor; se perdió en la isla Gala en el sur de Chile.

Es un dolor que llevo por años en el alma, porque el dolor más grande que puede pasar una persona es perder a un hijo.

Tengo mi kiosco frente a mi casa. Allá vendo mis tejidos, algunas conservas y productos de algunas amigas, porque siempre tenemos que ayudar a los demás.



Me vestí de luto
con las nubes
más oscuras
del invierno aquél,
cuando el mar escondió
a mi hijo entre su manto.

Poema “Dolor en el mar”
Faumelisa Manquepillan Calcufo

GLOSARIO

Arrayán (*Luma apiculata*): Arbusto siempre verde y aromático, de la familia de las mirtáceas; se distribuye desde la V a la XI regiones. Se usa para los tonos rosados.

Barba de palo (*Tillandsia usneoides*): Planta epífita sin raíces, crece colgando sobre otras especies a las que no parasita, pues absorbe nutrientes del aire y de las lluvias. Se encuentra en climas tibios y con alta humedad. Se obtiene de su cocción tonos de ocre.

Cadillo (*Arctium lappa*): Planta herbácea de la familia de las asteráceas, de raíz comestible, estimula el hígado y la secreción biliar; en textilería, se usa para obtener color café rojizo.

Canelo (*Drimys winteri*): Árbol perenne de la familia de las winteriáceas, que alcanza hasta los 20 metros; se encuentra desde la IV hasta la XII regiones; su corteza fue utilizada como remedio contra el escorbuto. Es el árbol sagrado de los mapuches. De él se obtienen tonos amarillos.

Cebolla (*Allium cepa*): Planta herbácea bienal de la familia de las amariliáceas. Ampliamente conocida por su uso en gastronomía. Se usa para lograr color café amarillento.

Coigüe o coihue (*Nothofagus dombeyi*): Árbol perenne que puede alcanzar hasta los 45 metros de altura, se encuentra entre Colchagua y Aysén, crece desde el nivel del mar hasta la cordillera. Con sus hojas se obtienen distintas gamas de verde.

Luma (*Myrceugeniachrysocarpa*): Arbusto siempre verde de la familia de las mirtáceas, alcanza los 4 metros de altura; se encuentra entre Malleco y Chiloé. Se obtienen tonos amarillos.

Matico (*Buddleja globosa*): Arbusto frondoso siempre verde; se encuentra entre Santiago y Chiloé; muy utilizada como planta ornamental y, además, sus flores y hojas sirven como cicatrizante y para tratar afecciones intestinales. Con sus hojas se obtiene colores café y ocre.

Maqui (*Aristoteliachilensis*): Arbusto de la familia de las elaeocarpáceas; se encuentra desde la IV a la XI regiones. Sus frutos son comestibles y se usan en medicina popular como antidiarreico; los mapuches fabricaban chicha con el fruto. Se utiliza para obtener tonos violáceos.

Michay (*Berberis darwinii*): Conocido también como calafate, es un arbusto de hasta 1,5 metros de altura; se distribuye entre la VII y la XI regiones. De sus hojas se obtiene tonos amarillos.

Notro (*Embothriumcoccineum*): Notro es el nombre mapuche del ciruelillo. Árbol o arbusto perenne, aunque a veces caducifolio; se lo encuentra desde la VII hasta la XII regiones. Se aprecia por su bella madera, por su carácter ornamental y, también su corteza como ayuda como cicatrizante y para aliviar dolores de muela. Se usa para obtener tonos anaranjados.

Nalca (*Gunneratinctoria*): Arbusto perenne; crece desde las regiones de Coquimbo hasta Magallanes, en lugares húmedos y a la sombra; sus pecíolos o tallos secundarios (nalcas) son comestibles, las hojas (pangues) se utilizan para tapar el hoyo del curanto chilote. De ella se obtienen tonalidades grises.

Pillo pillo (*Ovidia pillopillo*): Arbusto o árbol pequeño siempre verde, endémico de Chile, de la familia de las thymelaeáceas y se le conoce también como “palo hediondo”; crece desde Malleco al río Palena. Es ornamental y la corteza puede utilizarse como purgante. Se usa para lograr tonos verdes.

Radal (*Lomatia hirsuta*): Árbol pequeño siempreverde, de hasta 15 metros de altura; se encuentra entre Coquimbo y Chiloé, con sus hojas se obtienen tonos amarillo verdosos y café.

Ulmo (*Eucryphiacordifolia*): Árbol siempre verde, corpulento y de copa redondeada; crece desde la VIII a la X regiones, principalmente en la Cordillera de la Costa. Su madera es pesada y se la usa en construcción o como leña o carbón; la corteza rica en taninos, se usa en curtiduría y el néctar de sus flores es muy utilizado en apicultura. De él se obtienen tonalidades rojizas.

CONTACTOS

Elisa Antillanca Llauquen
Contacto: 752 399 01
Sector La Cantero, Huiro

Elena Railaf Filum
Artesanías Eluney
Contacto: 907 472 12
Chaihuín

Belladina Torres Garrido
Hilado y tejido en lana natural, Restaurant Pesca Sur
Contacto: 971 414 06
Huape

Juana Colipay Andrade
Contacto: 197 21 40
Chaihuín

Fresia Antillanca Antillanca
Presidenta Comunidad Indígena de Huiro
Tejidos y Artesanías
Contacto: 623 047 39
Sector cancha, Huiro

Maritza Muñoz Garrido
Presidenta Agrupación Lafquen Mapu
Artesanías, tejidos y comida típica, Restaurant Pesca Sur
Contacto: 991 455 79
Huape

Inerta Chatres Railaf
“Quincho Mar y Tierra”
Contacto: 935 592 79
Sector Lobería, Huiro

María Emilia Aguayo González
Venta de tejidos, mermeladas, comida típica y camping
Contacto: (Horacio) 624 592 33
Playa Pelche, Huiro

Victoria Antillanca Montaña
Contacto: antillancasd@gmail.com
Chaihuín

Silvia Railaf Huala
“Artesanías Poza Verde”
Contacto: 197 21 26 - 909 832 52
Sector Poza Verde, Chaihuín

Eliana Baeza Garrido
Tejidos en lana natural
Contacto: 930 452 90
Huape

Marcelina Huala Navarro
“Tejidos Marcela”
Tejidos en lana natural y teñida con productos naturales.
Contacto: 872 188 87
Sector el Pastal, Chaihuín



BIBLIOGRAFÍA

- Pérez Bugallo, Rubén. El mundo mágico del Kultrún. Revista patagónica 19- 20.2009.
- Mastandrea, María. Telar Mapuche, de pie sobre la tierra. Editorial Guadal, 1987.
- Véliz Pérez-Millán, Héctor. Teñido y tejido Mapuche. Editorial Mentanegra. 2010.
- Huenchulaf, Ernesto. Nociones de tiempo y espacio en la cultura mapuche. LOM ediciones. 2004.
- Mora Penroz, Ziley. Magia y secretos de la mujer mapuche. Editorial Uqbar, 2007.
- ÑukeMapu, Centro de documentación Mapuche. www.mapuche.info.
- Stark Schilling, Dorian. Enciclopedia de la Flora Chilena. www.florachilena.cl.

INDICE

- | | |
|----|--------------------------------|
| 5 | Presentación |
| 6 | Introducción |
| 12 | Elisa Antillanca Llauquén |
| 16 | Elena Railaf Filum |
| 20 | Belladina Torres Garrido |
| 25 | Juana Colipay Andrade |
| 32 | Fresia Antillanca Antillanca |
| 36 | Maritza Muñoz Garrido |
| 43 | Inerta Chatres Railaf |
| 48 | María Emilia Aguayo González |
| 52 | Victoria Antillanca Montaña |
| 56 | Faumelisa Manquepillan Calcufo |
| 59 | Silvia Railaf Huala |
| 64 | Eliana Baeza Garrido |
| 70 | Marcelina Huala Navarro |
| 75 | Glosario |
| 77 | Contactos |
| 78 | Bibliografía |
| 79 | Índice |
| 80 | Agradecimientos |



AGRADECIMIENTOS

Deseamos expresar nuestro agradecimiento a cada una de las personas que colaboraron en la creación de este libro.

A Gino Bavestrello Faremberg, Ex presidente de la Federación de Pescadores Artesanales de Corral (FEPACOR), por su confianza y compromiso para hacer de este libro una realidad.

A Faumelisa Manquepillán Calcufo por su compromiso, dedicación y tiempo.

A Sernatur, Conadi y la Reserva Costera Valdiviana, por el apoyo otorgado en la presentación del proyecto.

Especial gratitud a Guillermo Rivera Sánchez, por su invaluable colaboración, asesoramiento y acompañamiento al territorio de Corral con tanto cariño y dedicación.

A Juvenal Antillanca Antillanca y su hijo Horacio Antillanca González, por los datos, sugerencias y opiniones que me brindaron.

A Javier Antillanca Antillanca, por acoger esta iniciativa y darnos la oportunidad de participar del proceso de la esquila.

A Remigio Maripán Villalongo y su bella esposa Rosalba Agüero, por su cariño y apoyo constante durante el desarrollo del proyecto.

A Mauricio Rodríguez Rojas, por su preocupación en la corrección y revisión de este trabajo.

Y en especial a las tejedoras de Huape, Chaihuín y Huiro, fuentes de inspiración y coautoras de este libro.

“Mujeres de lana” es un recorrido por la experiencia de vida de doce mujeres tejedoras en el borde costero de la comuna de Corral, cuyos relatos fueron narrados desde la cálida intimidad del hogar, sumergiéndonos en un mundo plasmado de contrastes, matices y de costumbres familiares. El oficio de teñir y tejer la lana, fue el pretexto y el contexto para conocer de primera fuente cómo se ha heredado de boca en boca este arte del tejido, actividad que aún guarda una profunda relación con la tierra y el mar.



Región de Los Ríos
GOBIERNO REGIONAL

